

El locutor de la televisión rumana anuncia que el secretario general, Nicolae Ceaușescu, lamenta profundamente la actitud de las mujeres rumanas que no desean tener hijos. Para ayudarlas a cambiar esa actitud egoísta, Ceaușescu introduce el Decreto 770, de acuerdo con el cual, en adelante el aborto se castigará con la cárcel.

“De esta manera”, anuncia el locutor, “escribimos una nueva página en la historia de nuestra gloriosa lucha contra la decadencia del imperialismo”.

A partir del 1 de octubre de 1966, los anticonceptivos y el aborto estarán permitidos únicamente para las mujeres que hayan cumplido con su deber patriótico de haber parido por lo menos cuatro hijos, o para aquellas mayores de 40 que estén en riesgo de tener un hijo con discapacidad, porque la nación necesita “vitalidad, juventud y vigor”.

Durante el Noveno Congreso del Partido Comunista de Rumania, Ceaușescu enfatiza que estas medidas drásticas son necesarias e inevitables. Los miembros del partido son de la misma opinión; tras las últimas palabras del secretario, inmediatamente se ponen de pie. El monótono sonido del aplauso se escucha en todo el recinto. Hombres y mujeres aplauden. Los hombres están sonriendo, las mujeres no.

*

Al día siguiente, los periódicos publican con entusiasmo genuino sobre la política visionaria del secretario general, quien está emprendiendo todo el esfuerzo para hacer de Rumania una potencia global. El partido formula el eslogan: “¡Veinticinco millones de rumanos en el 2000!” Para eso faltan seis millones, por lo que las ciudadanas se tienen que poner a trabajar. Será más fácil para ellas

CUNAS y ataúdes*

Malgorzata Rejmer

Traducción de Amanda Falcone Torralba

Cuando comenzó la revolución de 1989, los Hijos del Decreto [...] estaban entrando en la edad adulta. Y se dieron cuenta de que en la fallida Rumania comunista no había futuro para ellos. Estaban decepcionados y enojados y deseaban la muerte del hombre que los trajo a este mundo. ¡Muerte al Padre de la Nación!

porque los condones desaparecerán de las tiendas. Uno todavía podía comprar, por debajo del agua, glóbulos de quinina, que más que anticonceptivos, arden como corrosivos. Sin embargo, todo mundo está acostumbrado a que la solución real a un embarazo no deseado sea el aborto.

Los rumanos no comprenden. La ley se aprobó inmediatamente y la mayoría de las mujeres no tienen idea de cómo funciona su cuerpo. La educación sexual no existe y una madre difícilmente puede hablar con su hija sobre la prevención del embarazo. Las amigas se susurran entre ellas: “métete *mămăliga*¹ hirviendo”, “brinca en un pie”, “sube y baja las escaleras corriendo”.

En 1967, en Rumania nace el doble de bebés que el año anterior. Los niños nacidos en ese año histórico experimentarán personalmente las fallas del Estado como nadie más: no habrá lugar para ellos en

las guarderías, ni en los jardines de niños, ni en las escuelas; no habrá trabajo para ellos, ni vivienda. Cuando comenzó la revolución de 1989, los Hijos del Decreto, el nombre con el que se llama a los rumanos nacidos en los primeros años posteriores a la aplicación de la nueva ley, estaban entrando en la edad adulta. Y se dieron cuenta de que en la fallida Rumania comunista no había futuro para ellos. Estaban decepcionados y enojados y deseaban la muerte del hombre que los trajo a este mundo. ¡Muerte al Padre de la Nación!

Mientras tanto, de vuelta en 1966, el Padre de la Nación ordena a las rumanas tener más hijos y las mujeres se tienen que adaptar. Intercambian consejos y nombres. Preparan cobertores. Hierven ollas de agua. Extienden mantales de plástico. De pie, frente a un departamento rentado, susurran la contraseña a través de una puerta apenas abierta.

En la Rumania comunista, la mujer tenía que ser primero trabajadora, luego madre y después esposa. En 1974, durante el Congreso Nacional del Partido, uno de los participantes declaró apasionado: “Las mujeres cuentan con el apoyo absoluto del Partido. El Partido crea las condiciones para considerarlas no como mujeres, sino como humanos, iguales a los hombres”.

Cuando el decreto entró en vigor, María cumplió 25 y era, como ella recuerda, un mujerón. Hoy tiene casi setenta años: anteojos gruesos sobre una nariz diminuta, cabello canoso, cuerpo pequeño, lleno de energía. Ha vivido toda su vida en Bucarest, donde trabajó como directora de una primaria.

“Existe un dicho rumano: ‘La mujer es una vaca lechera y un buey de carga’. También está este otro: ‘La mujer es un caballo para montar, domar y amarrar a un poste’. Estas cosas han estado grabadas en la mente de las personas por siglos, desde el dominio turco. Los hombres daban por sentado el sexo. Ni siquiera existía la noción de violación porque, ¿qué cosa era eso? La mujer estaba hecha para el sexo y nada más. En los años sesenta visité Polonia y quedé de encontrarme con mis amigos polacos. Estuve en el hotel esperando y esperando, y nadie nunca llegó. Los vi al siguiente día y les pregunté por qué no habían ido, a lo que respondieron: ‘¡Pero sí lo hicimos! ¡Estuvimos esperando en el restaurante, cerca de la puerta!’ ¡¿Qué?! En Rumania nadie pensaba que una mujer pudiera ir sola a un restaurante. ¡¿Sola?!”

La situación era peor para las mujeres con hijos fuera del matrimonio.

“Era como si tuvieran escrito ‘puta’ en la frente”, recuerda María. “Algunas veces, una mujer embarazada podía convencer al hombre de casarse con ella, aunque fuera por

La gente no se pregunta si es esclava o no. Piensa en conseguir leche para el bebé o cualquier cosa en las tiendas. Por favor, dime tú, si la temperatura en mi departamento era de seis grados, ¿pensaría en rebelarme contra Caeauşescu o en calentar el baño para que a mi hija no se le inflamara la vejiga?

unos meses, solo para evitar la vergüenza. En los pueblos pequeños, las que quedaban embarazadas se escapaban o esperaban a dar a luz, dejaban al hijo en el hospital y desaparecían. Había muchos huérfanos en Rumania. Nacieron muchos niños anormales por abortos fallidos. Solo después de la muerte de Caeauşescu se reveló: estos niños vivían en orfanatos, en peores condiciones que los perros, desnudos, enfermos, hambrientos. Yo estaba en una situación única porque tenía familia en el extranjero que podía enviarme anticonceptivos. Pero era un lujo que casi nadie podía permitirse. Cuando me invitaban a una casa, llevaba como regalo lana de algodón y condones; la familia celebraba como en día de fiesta nacional”.

Oana es una señora regordeta de 60 años y pelo castaño. Habla rápido y se ríe mucho, aun de cosas que cualquiera difícilmente encontraría graciosas. Trabajó como ingeniera, ahora está jubilada.

“Todos saben cómo van estas historias. Uno acusa y otro va a la

cárcel. Una mujer que abortaba estaba en la cárcel por seis meses; el doctor, por dos años más multa. Los hospitales tenían comisiones especiales para investigar a las pacientes con hemorragias, para saber si alguien las había ayudado a perder el embarazo. Las mujeres introducían cualquier cosa filosa en sus úteros. Obviamente se lastimaban, pero el punto era causar una hemorragia para finalmente deshacerse de eso. En el campo se utilizaban husos para hilar, agujas para tejer, incluso raíces de rábano o los tallos de algunas plantas, como la hierba de San Juan o el apio. La bardana era la mejor porque tenía una rama larga y firme y se usa para curar heridas, es filosa como un cuchillo y funciona como desinfectante. Perfecta. Ahora no puedo ver a una mujer tejiendo. Aquellas agujas me recuerdan una sola cosa. Tal vez es una obsesión, no sé. Casi tengo sesenta y uno, ¿tal vez debí haberlo olvidado hace mucho? Apenas salí de la ciudad con mi marido. Él se fue a pescar y yo me quedé sentada sobre el mantel. Miré las plantas, el ajeno, la ortiga, los cardos, mientras pensaba: esta funcionaría, esta no”.

Las mujeres morían por hemorragia o infección.

“No estaba permitido ayudar a las mujeres que llegaban desangrándose hasta que dijeran quién les había practicado el aborto. Ya te puedes imaginar qué clase de opción era esa. Por ejemplo, descubrían a una partera y ella había tenido tres pacientes ese mes, así que también se enteraban de esas otras mujeres. Tenían ya dos, tres hijos, y nadie se preguntaba qué pasaba con ellos cuando la madre iba a la cárcel. Tantas vidas rotas”.

Oana sonríe despacio. Niega con la cabeza como si no pudiera creer sus propias palabras.

“Por supuesto, yo aborté, como cualquiera”. Continúa. “Tres veces. En cada ocasión mis ami-



gos me ayudaron a encontrar a alguien. Se sabía completamente de boca a boca: quién hace qué y por cuánto. Dentista, mecánico, partera. No importaba si eran médicos preparados, sino si eran de confianza. Yo me provoqué un aborto una vez. Me produjo una hemorragia y fui a parar al hospital. Tenía mucho miedo, pero me encontré con un buen hombre. Accedió a poner 'aborto espontáneo' en los papeles. Ni siquiera preguntó. Las mujeres trataban de calificar para cesárea, porque después de dos tenían derecho a un aborto legal. Aun así, era difícil sobornar a un doctor porque los hospitales tenían límites para las cesáreas. Solo uno de cada 10 partos podía solucionarse de esa manera, así que solo se recurría a ella en casos de alto riesgo. Yo tengo un hijo. Ni siquiera pienso en esos bebés. Y te aseguro, cada mujer que tiene que pasar por ese infierno ni siquiera se pregunta si es moral o no. No

es una cuestión de moralidad, sino de dignidad. Hacíamos lo que podíamos para llevar vidas normales en esos tiempos abominables”.

“Nadie, absolutamente nadie se ponía a pensar: ‘¿Tengo el derecho o no tengo el derecho?’”, María se encoge de hombros. “La gente no se pregunta si es esclava o no. Piensa en conseguir leche para el bebé o cualquier cosa en las tiendas. Por favor, dime tú, si la temperatura en mi departamento era de seis grados, ¿pensaría en rebelarme contra Ceaușescu o en calentar el baño para que a mi hija no se le inflamara la vejiga?”

El decreto estuvo en vigor durante 23 años, pero nadie protestó, nadie se rebeló.

Las revistas de aquel tiempo para mujeres, como *Femeia*, aseguraban que la prohibición del aborto era legítima porque la interrupción de embarazos en gran escala amenazaría la seguridad social. Publicaban estadísticas: “Hace 60 años,

una familia promedio tenía cuatro hijos. Ahora, únicamente dos”.

La economía socialista necesitaba manos jóvenes para trabajar, porque eran estas las que sostenían el peso del sistema. En la propaganda comunista, “la reproducción de la fuerza laboral” se describía como “un gran honor y un deber patriótico”. Se suponía que la producción de ciudadanos nuevos llevaría a “la prosperidad de la sociedad y a la victoria del socialismo en Rumania”.

“Uno se preguntaría si la obediencia de los rumanos era simple cobardía”, agrega María. “Pero todos recordamos bien cómo fue durante el gobierno de Gheorghiu-Dej en los cincuenta, cuando la gente desaparecía de un día para otro. Morían en los campos, de hambre y de cansancio. Cuarenta, sesenta, cien mil, nadie sabe. Se vivía con la conciencia de que se podía desaparecer en cualquier momento sin dejar rastro”.



Nicolae Ceaușescu sabía cómo someter a los que se rebelaban, con miedo y enfrentando a unos contra otros, de manera que la sociedad se regulaba a sí misma. La policía política secreta podía ver y escuchar todo. Instalaban micrófonos ocultos en escala masiva, y donde estos no llegaban, enviaban gente. Los colegas en las granjas se pasaban información. Un portero podía darse cuenta de quién visitaba a quién y con qué tipo de bolsa.

“Mi madre siempre me dijo que me callara la boca”, recuerda Oana. “A nadie le importa lo que pienses”, repetía. ‘Y si les importa, es porque quieren usarlo en tu contra’”.

“Todo el mundo tenía miedo de los micrófonos ocultos y los informantes. Todos”. María asiente con la cabeza. “En el trabajo, cuando empezaban a comentar que si hacía frío en casa, que si no había leche ni carne, que si hacíamos fila toda la noche para conseguir una caja de huevos, yo corría al baño y me encerraba.

¿Qué tal que alguien me denunciara por andarme quejando? Acababa de perder a mi marido y me preocupaba que, si me metían a la cárcel, mi hija se quedara sola. Incluso alguien me dijo una vez: ‘Mejor ni te quejes, solo tienes una hija. Es una buena niña, sería una pena que tuviera que ir a un orfanato’”.

Raluca, nacida en 1985, tiene cinco hermanos. Su padre era granjero y su madre costurera. Trabajaban día y noche para poderse mantener. Todos sus hijos nacieron después de 1966.

“Mamá decía que era tan difícil para ella que, si hubiera podido abortar, lo hubiera hecho. Pero la clandestinidad era un mundo oscuro de recomendaciones, sobornos y conspiración. Teníamos que conocer a la gente y confiar. Mi mamá tenía miedo y no confiaba en nadie. ¿Quién iba a cuidar de nosotros si se iba a la cárcel?”

La madre de Raluca tenía cuatro hijos y, en teoría, tenía derecho a un aborto. Pero en 1984,

Ceaușescu modificó el decreto. En adelante, solo las mujeres mayores de 45 años o que ya hubieran tenido al menos cinco hijos podrían interrumpir un embarazo.

Debido a estas circunstancias, la mamá de Raluca tuvo su quinto hijo a finales de 1984.

No mucho tiempo después ya estaba embarazada de nuevo. Pero no se había dado cuenta durante los primeros cinco meses, y como el aborto solo se permitía dentro del primer trimestre, Raluca vino al mundo.

En reconocimiento de sus méritos, la mamá de Raluca recibió una Medalla de Maternidad de primer grado. Si hubiera tenido un bebé más, habría recibido una Medalla de la Gloria Materna de tercer grado. Por 10 hijos, una recibía el título de Madre Heroína y un único premio de 10 mil *lei*, lo que equivale a la mitad de un mes de sueldo promedio.

Todos los hermanos y hermanas de Raluca recibieron educa-

ción superior. Raluca habla fluido cuatro idiomas y traduce literatura inglesa al rumano. Ella está contenta de haber crecido en una familia numerosa porque todos se cuidaban entre sí.

“No creo que Ceaușescu estuviera al tanto de todo lo que pasaba en Rumania. No era más que un títere en las manos de sus consejeros. El pueblo seguía sus órdenes, pero no las comprendía. Si Ceaușescu hubiera sabido cómo vivía la gente, no lo habría permitido”.

*

Stefan, nacido en 1978, fue el segundo hijo de sus padres:

“Nadie hablaba del decreto en casa. En la escuela, los chicos hablaban de los condones, que era una cosa que te ponías en el pene y hacía que ya no tuvieras más bebés. Pero como no se pueden conseguir aquí, en un aula tienes más de 40 niños. Seis Stefans, siete Cristinas, cinco Alexanders. Los niños se preguntaban entre ellos: ‘¿fuiste deseado?’ o se insultaban llamándose ‘aborto’. Yo nunca me lo pregunté, porque mis padres siempre fueron buenos conmigo. Yo les importaba, no tenía motivos para pensar en eso. Pero un día, cuando era adolescente, y uno difícil, tuve un pleito con mi padre. Mi mamá me dijo: ‘Cuida lo que digas, porque si no fuera por tu padre, no habrías nacido’. Inmediatamente comprendí lo que quiso decir. Me acordé de todo lo que los niños hablaban en los recesos. Que nuestras madres abortaban en casa, en la cocina, en el baño o en un mantel de plástico. Que nunca se hablaba de eso y que era mejor no preguntar.

”Yo no podía entenderlo. ¿Pudo mi madre, una doctora, una mujer fuerte y educada, haber tenido un aborto? Una semana después, mientras ella preparaba

Nicolae Ceaușescu sabía cómo someter a los que se rebelaban, con miedo y enfrentando a unos contra otros, de manera que la sociedad se regulaba a sí misma. La policía política secreta podía ver y escuchar todo. Instalaban micrófonos ocultos en escala masiva, y donde estos no llegaban, enviaban gente. Los colegas en las granjas se pasaban información. Un portero podía darse cuenta de quién visitaba a quién y con qué tipo de bolsa.

la sopa, se lo pregunté. Sin darle mucha importancia dijo: Una vez aquí, en la barra de la cocina y otro en el sofá de la sala. Siguió como si nada, haciendo la sopa, al lado de la estufa. Salí de la cocina y lloré. Nunca le volví a preguntar por el decreto o los abortos desde entonces”.

Según varios datos, se estima que durante los 23 años que el decreto estuvo en vigor, en Rumania murieron de 9 500 a 10 mil mujeres por complicaciones posteriores a un aborto fallido. Estas son las cifras oficiales, pero muchos investigadores occidentales creen que los números reales fueron más altos.

Las mujeres, por lo general, tenían su primer, su segundo hijo, y entonces, cuando sabían que ya no podían mantener otro más, tomaban la decisión de abortar. Por este motivo, las mujeres que morían por complicaciones de la operación dejaban hijos huérfanos y maridos desamparados.

Dan, nacido en 1974, primogénito, recuerda:

“Mi mejor amigo de la primaria creció sin su madre, nunca la mencionó hasta que tuvimos 20 años y eso que nos conocíamos desde la infancia. Nos emborrachamos juntos una vez y me contó que su madre se había muerto en un hospital por una hemorragia,

porque no quiso decir quién le había practicado el aborto. Su padre, sentado al lado de su cama, le rogó que confesara, porque ella se estaba muriendo y él solo no podría cuidar al niño. Pero ella no cambió de parecer. Dijo que no quería vivir en un país así. Me contó esto y lloró”.

En el documental *Los hijos del decreto*, de Florin Iepan, se muestra cómo trataron a “los traidores de la nación”. Las mujeres que morían por un aborto fallido eran exhibidas públicamente en las universidades y en sus lugares de trabajo. Hubo situaciones extremas. En 1985, después de la muerte de una trabajadora de una fábrica textil en Bucarest, las autoridades exigieron que la procesión fúnebre se detuviera bajo la ventana de la fábrica, para recordar a todas las trabajadoras las posibles consecuencias de un procedimiento ilegal. Los tres hijos de la mujer lo vieron todo. Lloraron, gritaron “¡mamá!”

Les pregunté a los rumanos por el documental de Iepan; casi nadie lo había visto. Se transmitió una sola vez, en 2004, después de las 10 de la noche. No levantó ninguna discusión. El tema del aborto desapareció en el olvido.

“La gente no quiere pensar en eso”, dice Oana. “Es la tragedia de una sociedad entera, de la que to-

dos quisieran olvidarse. Nos golpeó a todos. Aparte de Ceaușescu y su círculo más cercano, no había familia que no estuviera afectada”.

Hubo un avance en 2007 con la película *4 meses, 3 semanas y 2 días*, de Cristian Mungiu,² sobre una estudiante embarazada y su amiga que pasan por todos los círculos del infierno en la Rumania comunista intentando organizar un aborto ilegal. El “héroe”, o sea el responsable de terminar con los embarazos avanzados, se aprovecha del miedo de las chicas y las viola. El papel del médico debutante fue interpretado por Vlad Ivanov, quien se volvió uno de los actores más populares de Rumania tras el éxito internacional de la película.

“A Cristian le importaba mostrarle este filme a toda la gente posible, por lo que organizó un ‘cine itinerante’ y lo proyectó en pueblos y ciudades pequeñas”, cuenta Ivanov.

Sin embargo, el mal que sufrían las mujeres adoptó el rostro de Ivanov.

“Cuando trabajábamos en mi papel, yo sentía que estaba interpretando al diablo”, añade. “Pero luego resultó que las mujeres no me veían como un actor, sino como el personaje de la película, el hombre que practicaba los abortos. Seguido rompían en llanto cuando me veían. Les hacía recordar su miedo y su desesperanza. Recuerdo una situación en Tel-Aviv. Durante la proyección, Cristian y yo estábamos en el café del cine. De repente una mujer salió corriendo de la sala. Me vio, se paró en seco y se puso a llorar. Era una judía que había vivido en Rumania durante el tiempo de Ceaușescu y había pasado por ese infierno muchas veces. Se sentó con nosotros y nos contó su historia. Nosotros ya conocíamos estas historias, todas eran parecidas. No obstante, teníamos lágrimas en los ojos.

En los años ochenta, Ceaușescu decidió que la energía de la nación se usaría para pagar la deuda, para que Rumania fuera completamente independiente. Se exportaban comestibles y recursos naturales, dejando pequeñas cantidades para el mercado interno. Comités especiales visitaban las casas para revisar que nadie usara más de un foco, y de no más de 40 vatios.

“Nunca se me va a olvidar cuando Cristian trajo a una partera que nos enseñó cómo poner una sonda dentro del útero para provocar contracciones. Se estaba fumando un cigarro y demostraba todo como si estuviera hirviendo un huevo. Le preguntamos si alguna vez había tenido un acercamiento emocional hacia lo que hacía. Se encogió de hombros: ‘Lo hice cientos de veces, fui a la cárcel, luego lo hacía de nuevo. Por mi cuenta, 12 o 14 veces, no me acuerdo’. Y siguió fumando. Estábamos impactados”.

La señora Gabriela tiene 55 años. Es ingeniera de profesión, pero para las mujeres que necesitaban su ayuda, lo que importaba era su tío doctor. Gabriela era una facilitadora.

“Regla número uno: nunca se practicaban abortos en la casa de

mi tío, porque era obvio que estaba bajo vigilancia. Rentábamos cuartos o las mismas mujeres encontraban lugares seguros. Tratábamos de llevar anestésicos, pero no siempre era posible. Las mujeres eran muy valientes. Determinadas. Gritaban porque era un dolor enorme, pero sabían que tenían que resistir. A veces recuerdo los gritos, nada más, porque no me acuerdo de aquellas mujeres.

”Aborté dos veces, pero en cuatro usé mi propio método: cuando notaba que mi periodo se retrasaba, aunque fuera por unos pocos días, inmediatamente me tomaba unas copas de vino y corría al baño a echarme agua hirviendo. Duele tanto que no puedes ni respirar, y si estás sobria, no lo aguantas. Pero siempre funcionó.

”Algunas mujeres habían abortado una docena de veces. Ya era rutina: el mantel de plástico, el agua caliente, el legrado y de vuelta a casa. Y date cuenta de que no conozco a ninguna mujer que tuviera más de dos hijos. Tal vez era más difícil en el campo, pero en las ciudades las mujeres siempre encontraban la forma de engañar a las autoridades.

”No es sorpresa que cazaran a todos, en todos lados. Las mujeres en las fábricas tenían que pasar por un control ginecológico regular. Decían que era para prevención del cáncer uterino, pero estaban buscando fetos. Ibas al doctor por un dolor de muelas y terminabas en la silla del ginecólogo de todas formas porque tenían que “asegurarse de que no estuvieras embarazada, para que los medicamentos no lastimaran al bebé”.

”Atraparon a mi tío, como era de esperarse, porque una vez se llevó las herramientas para abortar del hospital y alguien se dio cuenta. Le dieron una sentencia de cinco años, como ejemplo. ¿Y sabes qué? Se la pasaba practicando abortos en la cárcel todo el tiempo,



porque los guardias le llevaban a sus esposas, a sus hijas y a sus amigas. ¿Te imaginas? Encarcelan a un hombre por practicar abortos ilegales y el guardia le lleva agua caliente para que empiece a desinfectar las herramientas”.

A principios de 1988, Ceaușescu anuncia que el ciudadano veintitresmillonésimo ha nacido.

“Somos un pueblo libre, amos de nuestro destino”, se dirige el dictador a su nación. “Tenemos una gran patria con una economía de alto desarrollo y en constante modernización”. El mensaje dura casi toda la transmisión del día. Debido a la intensa crisis, la señal de televisión transmite solo durante dos horas, de ocho a 10 de la noche. Después de eso, una pantalla negra.

En los años ochenta, Ceaușescu decidió que la energía de la nación se usaría para pagar la deuda, para que Rumania fuera comple-

tamente independiente. Se exportaban comestibles y recursos naturales, dejando pequeñas cantidades para el mercado interno. Comités especiales visitaban las casas para revisar que nadie usara más de un foco, y de no más de 40 vatios. En el invierno, la temperatura en las casas apenas si alcanzaba los 10 grados. Oficialmente no podía superar los 12, eso ya era caliente. Ni siquiera los hospitales tenían calefacción, con excepción de la sala de recién nacidos. Si la tasa de mortalidad de los recién nacidos superaba lo estipulado en la ley, los doctores perdían 20 por ciento de sus sueldos.

En realidad, nadie se preocupaba por la muerte de las mujeres. En 1989, la tasa de mortalidad de madres en Rumania fue la más alta en Europa.

“Escondidos en la oscuridad, congelados como ratas en el drenaje, así era como vivíamos”, dice

Oana. “Éramos ratas hambrientas, alimentadas con propaganda, sin creer que algo podría cambiar. En 1988, nadie soñaba siquiera que matarían a Ceaușescu un año después, a pesar de que todos deseaban su muerte”.

En 1989, difícilmente alguien creería que Ceaușescu se iría, aunque el comunismo estuviera colapsando en el Bloque del Este. En Rumania ni el oído más agudo podía escuchar las fallas del sistema. Fue en diciembre, cuando el pueblo salió a la calle, que estalló la revolución.

“Ah, la revolución”, María niega con un gesto de la mano. “Por favor no le digas así. ¡Quién demonios sabe qué cosa era! No un golpe, no un levantamiento. Sabíamos que los rusos y los americanos tenían las manos metidas. Ahí está su revolución rumana”.

Cuando Nicolae y Elena Ceaușescu estuvieron sentados en el

“La sociedad rumana es una sociedad de silencio. No hay una tradición de rebelión contra las autoridades. Así que no era de sorprender que Ceaușescu pusiera en práctica todo lo que planeó; nunca pensó que se pudieran resistir”.

patíbulo durante su rápido juicio, Elena no paraba de repetir:

“Mis hijos, ¿por qué me hacen esto? Después de todo, ¡soy su madre!”

Después de dos horas de juicio, se anunció la sentencia de muerte y se ejecutó de inmediato.

Dan estaba entre la multitud de manifestantes en las calles de Bucarest cuando anunciaron que Ceaușescu había muerto.

“Salté de alegría”, recuerda. “Lo podría haber matado yo mismo, con mis propias manos, aunque ahora me avergüence de decirlo. Pero la ejecución de Ceaușescu... fue un milagro, un ritual de purificación. Todo ocurrió en Navidad. Después de que murió, la nieve cayó por toda Rumania. Volvimos a ganar nuestra libertad cuando lo matamos. Recuerdo que entonces pensé: ‘¡Qué día, qué momento, qué giro del destino!’ Nosotros lo matamos, la gente de la generación que él creó. Los hijos que llenaban las calles, yo incluido, éramos sus hijos, los Hijos del Decreto”.

“La muerte de Ceaușescu me recuerda a la muerte del científico que lleva a cabo un experimento demente y luego es asesinado por su creación”, comenta Olivia Nitis, feminista, curadora y crítica de arte. “La sociedad rumana es una sociedad de silencio. No hay una tradición de rebelión contra las au-

toridades. Así que no era de sorprender que Ceaușescu pusiera en práctica todo lo que planeó; nunca pensó que se pudieran resistir”.

El totalitarismo entró en los hogares del pueblo, buscó hasta en las macetas. Toda vida humana era asunto del Estado.

“Los rumanos aún no quieren hablar sobre su pasado, y las mujeres no miran atrás”, agrega Nitis. “No hay revisión del trauma o terapia de grupo. Nadie quiere escuchar a las mujeres que atravesaron el infierno del decreto y ellas mismas tampoco quieren hablar de ello”.

Después de la muerte de Ceaușescu, el primer cambio en la ley fue levantar la prohibición del aborto. Hoy, la interrupción del embarazo es, una vez más, tratada como método anticonceptivo. Tiene un costo equivalente a 100 o 200 eslotis y se puede realizar en cualquier hospital.

Ania, una polaca que lleva pocos años viviendo en Bucarest, quedó impresionada cuando les contó a sus amigas que estaba embarazada.

Todas le preguntaron: “¿Lo quieres tener?, ¿De verdad? ¿Sí lo pensaste bien?”

“Recuerdo mi primera cita con un ginecólogo en Bucarest”, dice Cristina, una alemana treintañera. “Yo quería asegurarme de estar embarazada. El doctor revisó, confirmó que lo estuviera y me preguntó si quería abortar. No re-

gresé a ese lugar. Cuando tenía que ir al ginecólogo, tomaba un avión y me iba a Alemania”.

En 2008, por cada 220 mil nacimientos en Rumania, había 127 mil abortos.

Contrario a los deseos del Padre de la Nación, en el año 2000 no nació el rumano veinticincomillonésimo. Para entonces, el país tenía 21 millones y medio de habitantes. Los datos del último censo sorprendieron a todos: a 23 años de la muerte de Ceaușescu solo había 19 millones de rumanos, lo que significa que la población disminuyó 12 por ciento en una década.

Las principales razones: la emigración y la baja tasa de natalidad.

Todavía faltan seis millones para alcanzar el número soñado de 25 millones de habitantes. **LPyH**

NOTAS

¹ Alimento típico de Rumania que consumían las clases bajas como sustituto del pan, especialmente en el campo. Es una masa consistente, de color amarillo, de sémola de maíz que tradicionalmente se prepara en agua hirviendo y se sirve con crema y queso. (N. de la T.)

² La película se estrenó en el Festival de Cine de Cannes el 17 de mayo de 2007; fue galardonada con la Palma de Oro y con el premio de la crítica FIPRESCI. En México se proyectó en octubre del mismo año durante el Festival de Cine de Morelia. (N. de la T.)

Małgorzata Rejmer (Polonia, 1985) es narradora. Es autora de *Toksymia* (2009), entre otras obras.

* El reportaje aquí reproducido pertenece a *Bukarest. Kurz i krew* [Bucarest. Polvo y sangre], 2013. Es una traducción del inglés a partir de la versión de Olga Drenda y Darren Durhem.